

Las consideraciones meramente espirituales ciertamente que van siendo relegadas a un plano de postergación, por las necesidades de la existencia material. El hombre de hoy, antes que emplear algunos minutos en estimar el valor permanente de la verdad o de la tolerancia, p. ej., discurrirá, seguramente, respecto a los movimientos bursátiles o a la validez de una combinación comercial. Así parece quererlo el grado de nuestra evolución de occidente, y de ahí que sea más estimable el pensamiento desinteresado de algunos individuos que, como Chuaqui, encuentran una hora para dedicarla al cultivo de las realidades subjetivas.

La ascendencia siria del autor explicaría, tal vez, esta preferencia, y la generosa iniciativa de su intención literaria compensa, sobradamente, algunos pormenores de estilo que pudieran cobrársele, y esa ingenuidad de concepción que a veces revelan sus escritos. Es así como en sus páginas encontramos ciertas generalidades cuya enunciación no justificaría la publicación de un libro, por ser ellas de todos conocidas.

Luis Durand ha prologado «Por el Bien de los Hombres». Aparte de cumplir su tarea de presentarnos al autor, el prologuista ha ido más lejos y por su propia cuenta analiza y reflexiona. Conocíamos a Durand como un cuentista vigoroso y de rico temperamento y también como a un poeta de nuestros campos. No lo conocíamos como un meditativo y he ahí que este descubrimiento une nuevo valor de permanencia a su personalidad literaria de narrador y de sentimental.—ESTELA MIRANDA S.

<https://doi.org/10.29393/At177-13LTLO10013>

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS, por *Jorge Millas*.—Ediciones Revista Nueva. Santiago, 1939

Tenemos que acercarnos con incertidumbre a esta obra poética de nombre clásico; tenemos que ir a ella con esa esperan-

zada sospecha que un nombre casi nuevo en la literatura subleva en nuestro espíritu. Esa incertidumbre y esta esperanza se acrecientan ahora, en el caso de Jorge Millas, por tratarse de un joven poeta más conocido por otras actividades—él es el actual Presidente de la Federación de Estudiantes—. Sin embargo, en sus ocupaciones cotidianas y en la naturaleza misma de su temperamento, es esencialmente un poeta y un ensayista de profunda entraña.

Entrábamos en su libro con expectación, con sospechas y con esperanza. Después de leerlo cuidadosamente, no podemos menos de salir aliviados como después de una serena y maravillosa exploración por cielos escondidos. Y no es éste un símil tomado así, al azar, para decir de cualquier modo nuestra palabra de alabanza. No. En la poesía de Millas las cosas se derraman y toda forma estrecha y limitada concluye por verse en una inmensidad peculiar que él crea; sin trabajo, sin doloroso esfuerzo, los objetos rompen sus orillas tenaces y se diluyen en una atmósfera de claridad y paz que ellos mismos forman, identificables aun después de su tránsito, en el verdadero tiempo de su perfección. Allí es donde el poeta los canta, en esa libertad, en ese ámbito de oculto cielo. La mejor definición de esta experiencia suya, la da el mismo autor en sus palabras iniciales, refiriéndose a los héroes estelares de su obra, los pastores y los marinos, donde dice: «Ellos conocen la simplicidad del ser que todo lo contienen, latente en la tierra y en el mar. Estos poemas cantan a sus experiencias puras, donde el alma, libremente desenvuelta, recoge el Universo en el acto único de la dicha.» Así, a través de sus versos, insensiblemente vamos dejando atrás todo ardor profano, como si muriéramos sin zozobras; se nos desata el alma en un feliz impulso y penetramos dormidos—¡pero cuán vigilantes!—en el más claro espacio, en un metafísico reposo.

Las cosas, en sus prisiones efímeras, sufren el peso de su cautiverio. Creemos estar libres de esa opresión, pero siempre que caemos en la conciencia de lo que hay en nuestra vida de

rutinario y de tenebroso, perdemos nuestra alegría y nos sentimos también doblegados a una fatalidad inseparable de nuestra naturaleza. Casi siempre terminamos por vencer de estas tinieblas, y entonces abandonamos la sombra real para subir al imperio de esa claridad que nosotros creamos, pero en la cual creemos, y no que no es acaso más que un anticipo de otra, verdadera y eterna.

Mi voz ante el diamante de immaculado rostro,
como el vaso más puro sobre el reposo eterno,
vencerá lentamente con la presión del oro
la resistencia inmóvil que opone la materia
y lentamente un lirio de espumas elevado
en una piedra fija levantará su coro.

Desde estos versos del primer poema, «Los trabajos y los días», que da nombre a la obra, nos establecemos en ese reino «donde los ojos tocan la rosa desde dentro», en ese mundo donde todos los seres han crecido hasta la inmensidad. Respiramos en un espacio infinito, y no sabemos si lo que encontramos está ahí, afuera, más allá de nosotros, impresionándonos, o dentro de nuestra propia alma que destruyera e inundara el mundo. Ya nada discernimos. Ahí estamos con la dulce seguridad de nuestra existencia, sin ver, voluptuosamente ciegos. Pero luego los sentidos se recobran y, sin salir de su encantamiento, comienzan a contemplar las actividades terrestres, como si se realizaran en un país de dioses, suavísimas y deleitables. En esa tierra «el viento reposa como un caballo manso bajo el laurel tendido», mientras el espectador de esa égloga cordial «con el paso ardiente remóntase dormido».

Toda acción se desvanece y, no obstante, nuestra inmovilidad no nos daña ni nos espanta: vivimos en cada ola que retorna del mar, en cada cosa que silenciosamente nace. Así, con el corazón hay que seguir los trabajos del hombre, tan puros adentro de

estos versos donde los labradores y los marinos, los pescadores y los molineros, como en la ciudad de los ángeles, ejecutan su angelical faena, tan suave y silenciosa como el alba. «Los trabajos y los días» impregna de ese sello de ligereza, de liviandad las cotidianas operaciones, carentes ya de todo peso y de todo cansancio. Es curioso ciertamente compararlo con ese bellísimo poema de Francis James, «Estos son los grandes trabajos del hombre», donde cada tarea secreta su perfume conmovedor y conocido, melancólicamente. En «Los Trabajos y los Días», como en un sueño inteligible, el esfuerzo se convierte en fácil creación, y así la harina surge «como un río de escamas», y las barcas avanzan hacia el mar «como hacia el sol el canto de una flecha».

En su «Canto a la alegría» Millas se tiende sobre el mundo palpando la substancia misma y profunda de las cosas que se rinden a su ímpetu y siguen su movimiento y su canto. Incorporado así el seno universal, en ningún momento, sin embargo, se deja llevar por el flujo de las cosas; escucha sus palabras, pero no las repite; vigilante, es él quien les impone una mansa servidumbre y las contempla sin entregarse; en los versos del «Canto a la Alegría» asciende a un estado casi extático, pero no se diluye en el Ser: tenazmente extrae la belleza del mundo caída en su corazón como en el centro de los ecos.

Sin duda es el «Poema del Ser» el más profundo del libro. Lo que en los anteriores era exploración y fuga, todo ese clima que en ellos tremolaba, se abre aquí plenamente y se realiza; las características que hemos rozado, aquí se afirman, en versos que van líricamente «in crescendo» hasta los últimos, en que estalla el fruto logrado que señala el término poético de esa unidad tan ardientemente conseguida. Estrofa tras estrofa viajamos exaltados, conducidos por esos ojos clarividentes y llorosos de quien busca la identificación con el secreto ser que somos más allá de las contingencias. En el reposo, libres de todo estímulo exterior, nuestras costumbres van desvaneciéndose, a la par que nuestro dominio exclusivo se amplía como un nuevo Universo que ape-

nas conocíamos en sus márgenes. Allí, suspendida de cada partícula, encontramos una gota que nos conoce desde tiempos remotos y que descubrimos llorando, en un aposento, clausurado hasta entonces, de nosotros mismos. La memoria despierta y asciende, como una prisionera recién evadida, a reconocer con lágrimas lo que siempre fué suyo, su escondido patrimonio irretornable y ancestral. Todo eso existía, todo eso era nuestro, y recién ahora, en este instante singular, como un jinete eterno que por primera vez apoyase su planta en la tierra dolorida y firme que era suya, emprendemos la venturosa aventura de nuestro descubrimiento y de nuestra eternidad.

En el poema siguiente, «Canto de amor», flota el mismo tono de videncia emocionada. Pero ya el motivo es otro: no es éste un canto en la soledad sino un himno a la soledad abandonada y al alba nueva:

Mi corazón reposa, cae en el tiempo,
canta para tu cisne sorprendido,
llera en silencio encima de tu frente
y una rosa infinita nos contiene.

En el «Poema del Ser» asistíamos a una anulación del tiempo en el seno del reposo donde yacía inmóvil la voz íntima. Desaparecía todo lazo con otro que sí mismo. Ahora, en otro ser, sobre la constancia y la suavidad de otras aguas vivientes, se derraman las propias ansias y se adormece el sueño, sin vigilia:

En «Pastor y Marino» cantan esos personajes del más allá que son los fantasmas tutelares de su dicha. Alrededor de ellos, y sin herirlos, el mar, los árboles, el cielo, entonan su égloga antiquísima. El Pastor y el Marino no son sino la exhalación, el claro espíritu del cielo, de los árboles, del mar que, sin dejar de ser lo que son, se disuelven en los ojos de quien canta en alianza con su órbita amiga.

Sensorialmente, a través del océano, en «Mar, Soledad, Eter-

nidad» Jorge Millas recorre su acostumbrado camino hacia esa paz ardorosa y vigilante donde encuentra la plenitud del ser. El mar, ese animal eterno y constante, nos incita a lanzarnos a encontrar, más allá de todo lo conocido que nos retiene con su voz mágica y falsa, nuestra vivencia pura y esencial. En él nos reconciliamos con el Universo y lo agregamos a nuestro espíritu, lo contenemos en alegría interminable. Acaso porque nuestro dolor lo causa el vernos incompletos y ansiando eso que nos hace falta y que no conocemos. Sufrimos la efímera naturaleza de nuestros estados y la efímera calidad de nuestro amor incontenible que, sin embargo, huye, en contra de nosotros mismos, así como huyen hacia la muerte todos los seres que amamos.

En los poemas «Canto a la estrella del amanecer», «Simbad el Marino» y «Rosa en el alba», en un tono menor tiemblan esas mismas sensaciones tan sólidamente blancas y tan puras, esa apacible fuga hacia la profundidad nevada. «Rosa en el alba», el más corto de los tres, se destaca por su unidad formal y por su poder de sugerencia.

El poema final, «Canto en el Mar» es acaso el más perfectamente logrado del libro. No es que alcance superioridad poética sobre el «Poema del Ser» o sobre «Los trabajos y los días». Pero indudablemente, es el que se hace más amable en un primer momento por la espontaneidad arrebatadora con que irrumpen sus intuiciones sensoriales bajo los relámpagos trascendentes, constituyendo un todo armonioso, herido de melódica sonoridad.

Si queremos después de este análisis más o menos caprichoso aquilatar la impresión que la obra total nos ha producido, nos vemos obligados a decir que no sólo se sale de sus páginas con fe en el destino poético ulterior de Jorge Millas, sino con la evidencia de que «Los Trabajos y los Días» habrá de ser siempre, como nos parece ahora, un conjunto literario donde las bellezas no necesitan encontrarse después de afanosa búsqueda de buena voluntad. En efecto, allí están ellas solas cantando su destino, objetiva-

mente, imponiéndose a quien penetra hasta sus aguas con sensibilidad limpia y libre.

No son éstos poemas inmediatos, si es que podemos llamar así a los que exprimen la invisible miel de los objetos que más directamente contemplamos o sentimos; por algo puede decirse con justeza que Jorge Millas ha tenido éxito en crear un mundo poético propio, donde el ser dinámicamente absorbe el mundo en un regreso a sus recónditas fuentes. No se duerme en milagroso sueño mientras canta, no cae él bajo las cosas arrollado; se alza sobre sus formas y sobre sus sueños, y las despierta, las transforma y las vence. Todo se rinde a su ímpetu.

Las sensaciones no lo cautivan y no es a su belleza, a su candente piel que él canta. Cada poema suyo es una exploración en que las parciales hermosuras se rinden a ésa que él busca y que halla, infinita.

Sin duda, es imposible que obra tan temprana no sufra trizadura poética como las que pueden encontrarse en varios de sus poemas, donde en un mismo frenesí son arrastrados, junto a los buenos, versos inexpresivos bajo la luz formal. El poeta hincha las palabras en el instante de la creación, y les infunde un aire cálido; así, en estado ígneo, ellas salen para permanecer reunidas para siempre. Pero muchas veces sucede que la temperatura y la tensión emocionales se reducen al compás de las del autor, y el antiguo fulgor se desvanece. Es lo que ha sucedido en algunos breves pasajes de «Los Trabajos y los Días». La creación poética precisa casi siempre de una segunda etapa en que el autor cede su sitio al lector desinteresado y frío que adapta el poema para su vida como obra de arte que va a ser contemplada y penetrada por extraños. Y esa segunda etapa, después de la instintiva, aunque secundaria, es más delicada y sutil que la fundamental. En efecto, difícil tarea es someter a lo universal lo exclusivo e inalienable que toda creación auténtica comporta como núcleo vivo, sin que con ello se pierdan el aroma y el acento intransferible que son su esencia. Por eso, en ocasiones, las obras más intensas son también

las más refractarias a esta revisión y pulimento. Algo semejante ha acontecido, aunque muy levemente, en los versos de Jorge Millas.

Se ha hablado de la influencia de Valéry sobre Millas. Creemos que la semejanza que en el tono pueden presentar sus poemas no es más que un parecido de apariencias. Las direcciones de sus impulsos son bien diversas. En el primer libro de Millas, «Homenaje poético al pueblo español» si que puede decirse que hubo una sumisión más o menos profunda a la retórica y al matiz de Paul Valéry. Mas, todo ello ha desaparecido de «Los Trabajos y los Días».

Es éste un libro perdurable. Se impone con una modulación desconocida en nuestra literatura, y por su altura estética, por su seriedad, significa, para la joven poesía chilena, un aporte redentor.—LUIS OYARZÚN.



DON ALBERTO BLEST GANA—Biografía y crítica, por Alone.—
Editorial Nascimento, 1940

Alone es, sin duda, uno de los críticos oficiales de mayor autoridad. Su labor periódica suscita interés tanto en sus lectores que le admiran sin reserva como en los que le regatean merecimientos. Al hablarse de él no hay términos medios: o se le niega rotundamente o se le acata en igual forma. Acusada personalidad la suya que es capaz de delimitar tan categóricamente a sus lectores. Sus detractores le atacan porque, dicen, que no siente el menor interés por la literatura nacional; que no comprende lo que es genuinamente chileno; que aun desprecia la literatura española; que es un trasplantado espiritual, pues su cultura se ha nutrido en fuentes exclusivamente francesas; que juzga los libros a través de sus autores favoritos (Renán o Proust), y que sus juicios están teñidos de apasionamientos sur-